

UN FIN DE SEMANA DE LOS CINCO

ENID BLYTON

<http://www.librodot.com>

<http://www.librodot.com>



ÍNDICE

I	Una carta de Julián	5
II	La marcha	9
III	A campo traviesa	13
IV	Jorgina está preocupada	17
V	Ana y Dick	20
VI	<i>Un</i> medio de la noche	25
VII	Por la mañana	28
VIII	De nuevo todos reunidos	30
IX	Dick les deja sorprendidos	36
X	Un policía enojado y una buena comida	40
XI	La idea de Julián	43
XII	Un escondite en Dos Arboles	48
XIII	Una noche en la bodega	52
XIV	¿Dónde está <i>Juan el Descarado</i> ?	56
XV	Maggie y Dick <i>el Sucio</i>	60
XVI	En la balsa	64
XVII	Una sorpresa	69
XVIII	Un momento muy emocionante	73
XIX	Maggie y Dick se sienten molestos	77
XX	Al claro de luna	81
XXI	¡Consiguen la bolsa!	85
XXII	Un emocionante final	88

Éste es el décimo libro del "Club de los Cinco". En él encontrarás a Julián, Dick, Jorgina (*Jorge* para los amigos), Ana y *Tim*, el perro, como en todos los demás libros de esta misma colección. Cada libro constituye una aventura completa.

Los títulos son:

LOS CINCO Y EL TESORO DE LA ISLA
OTRA AVENTURA DE LOS CINCO
LOS CINCO SE ESCAPAN
LOS CINCO EN EL "CERRO DEL CONTRABANDISTA"
LOS CINCO OTRA VEZ EN LA ISLA DE KIRRI
LOS CINCO EN LA CARAVANA
LOS CINCO VAN DE CAMPING
LOS CINCO SE VEN EN APUROS
LOS CINCO FRENTE A LA AVENTURA
UN FIN DE SEMANA DE LOS CINCO
LOS CINCO LO PASAN ESTUPENDO
LOS CINCO SE DIVIERTEN
LOS CINCO EN EL PARAMO MISTERIOSO
LOS CINCO JUNTO AL MAR
LOS CINCO TRAS EL PASADIZO SECRETO
LOS CINCO EN LA GRANJA FINNISTON
LOS CINCO EN PELIGRO
LOS CINCO EN BILLYCOCK HILL
LOS CINCO HAN DE RESOLVER UN ENIGMA
LOS CINCO JUNTOS OTRA VEZ
LOS CINCO EN LAS ROCAS DEL DIABLO

Esperamos que os gusten tanto como los de la serie "Siete Secretos". Cariñosamente,

CAPÍTULO PRIMERO

UNA CARTA DE JULIÁN

—¡Ana! —gritó Jorgina corriendo tras de su prima cuando ésta se dirigía a su clase—. ¡Ana! He bajado a recoger el correo y había una carta para ti de tu hermano Julián. Te la he traído.

Ana se detuvo.

—¡Gracias! —exclamó—. ¿Qué querrá Julián? Hace pocos días que me ha escrito y no es corriente en él esto de volver a hacerlo tan pronto. Debe de tratarse de algo importante.

—Pues abre la carta y míralo —le urgió Jorgina—. Date prisa porque tengo que ir a clase de "Mate".

Ana abrió el sobre. Extrajo de él un fragmento de papel escrito y leyó con rapidez. Después miró a Jorgina con ojos relucientes.

—¡Jorge! Julián y Dick tendrán unos días libres, un fin de semana, a medio trimestre. Alguien ha ganado algún premio de escolaridad o algo por el estilo y por eso les han dado a los chicos un par de días para celebrarlo durante este fin de semana. Quieren que nos unamos a ellos para hacer una marcha todos juntos.

—¡Qué magnífica idea! —se entusiasmó Jorgina—. ¡Qué bueno es Julián! Estoy segura de que ha sido a él a quien se le ha ocurrido. Leamos la carta, Ana.

Antes de que pudieran leerla, una maestra pasó junto a ellas.

—¡Jorgina! —la reprendió—. Deberías de estar ya en clase. Y tú también, Ana.

Jorgina frunció el ceño. No le gustaba que la llamaran por su nombre entero. Se fue sin decir una palabra. Ana guardó la carta en el bolsillo de su bata y se marchó corriendo alegremente. Pasar aquellos días con sus hermanos, Julián y Dick, con *Jorge* y con *Tim*, su perro. ¿Podía existir algo mejor?

Ella y Jorgina comentaron de nuevo el asunto cuando se hubieron acabado las clases de la mañana.

—Tendremos libre desde el viernes por la mañana hasta el martes —dijo Jorgina—. Los niños tienen los mismos días ¡Qué suerte! No suelen tener vacaciones dentro del trimestre de invierno.

—No podemos ir a mi casa porque tenemos a los pintores —explicó Ana—. Por eso iba a ir yo a la tuya. Pero estoy segura de que a tu madre no le importará que vengan los chicos con nosotros. Y total, a tu padre no le gusta que vayamos nunca durante la época de clases.

—No, no le gusta —asintió Jorgina—. Siempre anda metido de lleno en alguna idea magnífica y le molesta mucho que le estorben. Será mejor para todos que nos vayamos a hacer una marcha.

—Julián dice que nos llamará por teléfono esta noche y que nos pondremos de acuerdo —dijo Ana—. Estoy segura de que va a ser un maravilloso fin de semana. Todavía estamos en el mes de octubre, así que, con suerte, aún podremos disfrutar de un buen sol.

—Los bosques estarán muy hermosos —comentó Jorgina—. ¡Y cómo disfrutará *Tim*! Vamos a darle la noticia.

El pensionado en que se encontraban las dos niñas pertenecía al tipo de los que permiten a sus pensionistas tener con ellas a sus animales favoritos.

En el patio había perreras para varios perros y *Tim* vivía allí durante el curso. Las dos niñas fueron a verle.

El perro reconoció sus pasos y empezó a ladrar enseguida con alegría. Se dedicó a

arañar la puerta del patio, intentando abrirla por centésima vez.

En cuanto le abrieron, se lanzó sobre las niñas, lamiéndolas y acariciándolas con sus patas y ladrando desesperadamente.

—Eres un perro tonto. ¡No seas loco! —decía Jorgina al tiempo que golpeaba su lomo con cariño—. Oye, *Tim*, nos vamos a pasar el fin de semana con Julián y Dick, ¿qué te parece? Vamos a hacer una marcha, así es que te gustará. Atravesaremos bosques y colinas y Dios sabe adonde llegaremos.

Tim parecía entender todas sus palabras. Enderezó las orejas, ladeó la cabeza y escuchó con atención todo lo que Jorgina hablaba.

—¡Guau! —ladró al fin, como si asintiera. Luego siguió a las niñas en su paseo diario. Su espesa cola se balanceaba alegremente. No le gustaba la vida que llevaba durante la época de clases. No obstante, se mostraba dispuesto a aceptar la vida de la perrera con la condición de permanecer cerca de su amada *Jorge*.

Por la noche, tal como había prometido, Julián telefoneó. Ya lo había planeado todo. Ana le escuchaba con emoción.

—¡Parece magnífico! —exclamó—. Sí. Podemos reunirnos donde vosotros decís. Procuraremos ser todo lo más puntuales posible. De todas formas, si aún no habéis llegado os esperaremos. Y si vosotros llegáis primero nos esperáis a nosotras. Sí, llevaremos todo lo que decís. ¡Oh, Julián, qué divertido va a ser!

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jorgina con impaciencia cuando por fin Ana colgó el receptor—. Podías haberme dejado hablar unas palabras con Julián. Quería contarle cosas de *Tim*.

—No creo que le apetezca malgastar una llamada telefónica para oírte explicar monerías de *Tim* —replicó Ana—. Me ha preguntado cómo estaba y yo le he dicho muy bien. Y eso es lo único que él quería saber de *Tim*. Ya lo ha arreglado todo. Ya te diré de qué se trata.

Las niñas se sentaron en una esquina del dormitorio que compartían. *Tim* también estaba con ellas. Se le permitía la entrada a determinadas horas, lo mismo que a otros tres perros que pertenecían a otras niñas. Todos los perros se portaban bien. Sabían que, de no hacerlo, se les devolvería al punto a su perrera.

—Julián dice que él y Dick podrán salir inmediatamente después del desayuno —prosiguió Ana—. Nosotras también podemos hacer lo mismo. Dice que nos hemos de llevar muy pocas cosas: solamente el pijama, el cepillo de dientes, el peine, alguna prenda de abrigo y un saco de dormir. Y todos los bizcochos y chocolate que podamos comprar. ¿Te queda algún dinero?

—Algo —respondió Jorgina—, pero no mucho. Creo que tengo suficiente para comprar algunas tabletas de chocolate. De todas formas, tú tienes aún todos los bizcochos que te mandó tu madre la semana pasada. Podemos llevarnos unos cuantos.

—Y los terrones de azúcar que me mandó una de las tías —añadió Ana—. Pero Julián dice que no debemos llevar mucho equipaje, porque esto va a ser una auténtica marcha y nos cansaremos si tenemos que soportar una carga demasiado pesada. Ha dicho que nos llevemos dos pares de calcetines.

—Está bien —asintió Jorgina, acariciando a *Tim*, que estaba tendido junto a ella—. Vamos a hacer una larga caminata, querido *Tim*. ¡Cómo te gustará eso!

Tim gruñía feliz. Pensaba, seguramente, si encontraría conejos por el camino. Para él, una marcha no tenía la menor emoción a menos que de cuando en cuando encontrara algún conejo. *Tim* pensaba que era una lástima que se permitiera a los conejos vivir en madrigueras bajo tierra. Siempre desaparecían como por encanto en el momento en que él estaba a punto de atraparlos.

Ana y Jorgina fueron a visitar a la directora para decirle que no irían por fin a "Villa

Kirrin" porque se irían a hacer una marcha.

—Mi hermano dice que ya le ha escrito a usted —dijo Ana—. Así es que usted estará enterada de todo mañana, señorita Peters. También le escribiré la madre de *Jorge*. Podremos irnos, ¿verdad?

—¡Claro que sí! ¡Será un hermoso fin de semana para vosotras! —exclamó la señorita Peters—. Sobre todo si estos días soleados continúan. ¿Adonde pensáis ir?

—Hacia los páramos —respondió Ana—. Hacia los lugares más solitarios y desiertos que Julián sea capaz de hallar. Es posible que veamos algún ciervo, caballos salvajes y quizás incluso tejones. Andaremos mucho.

—Pero ¿donde pensáis dormir si es tan desierto el lugar adonde vais? —preguntó la señorita Peters.

—Julián ya lo ha planeado todo —contestó Jorgina—. Ha buscado albergues y casas de campo en el plano y nos dirigiremos hacia ellas cuando llegue la noche. Hace ya demasiado frío para dormir al aire libre.

—Efectivamente, hace demasiado frío —confirmó la señorita Peters—. Sobre todo, sed prudentes. Ya sé de lo que sois capaces cuando estáis los cinco juntos. Porque me imagino que *Tim* irá con vosotros.

—¡Claro que sí! —exclamó Jorgina—. Yo no iría si él no viniera también. No podría dejarlo aquí solo.

Las dos niñas se dedicaron a preparar sus cosas, porque el viernes se aproximaba. Sacaron los bizcochos de la lata que los contenía y los pusieron en bolsas de papel. También llenaron una bolsa con terrones de azúcar y otra con pastillas de chocolate.

Ambas niñas tenían mochilas. Lo empaquetaron todo varias veces y cada vez añadían más cosas. A Ana le pareció que sería conveniente llevarse un libro para leer. Jorgina dijo que necesitarían una linterna cada una y una pila de repuesto.

—También tendremos que meter bizcochos para *Tim* —añadió—. Y algo más para él. Le gustará que nos llévennos un hueso, uno grande que pueda roer durante mucho tiempo y que se pueda volver a guardar luego para dárselo de nuevo más tarde.

—Está bien, pero deja que yo guarde entonces los bizcochos y el chocolate si tú vas a meter en tu mochila un hueso maloliente —dijo Ana—. No sé para qué quieres llevarle comida a *Tim*. Siempre encontraremos algo que darle en los sitios en que nos detengamos para comer.

Jorgina decidió, por tanto, no llevarse el hueso. Había recogido uno de la perrera y resultaba grande y pesado y, como había dicho Ana, olía bastante mal. Volvió a dejarlo, pues, en su sitio. *Tim* le seguía muy extrañado. ¿Por qué andaba la niña con aquel hueso de un lado para otro? El no aprobaba aquella maniobra.

El tiempo resultó largo hasta el viernes; mas, por fin, llegó el día. Las dos niñas se despertaron muy temprano. Jorgina bajó a las perrerías antes del desayuno y cepilló y peinó a *Tim* para que éste se presentara reluciente y aseado ante Julián y Dick. El perro sabía que era el día de la marcha y estaba tan excitado como las niñas.

—Será mejor que nos desayunemos bien —dijo Ana—. Es posible que pase mucho tiempo antes de que comamos de nuevo. Después del desayuno nos escaparemos enseguida.

—Es hermoso sentirse libre del colegio, de los timbres y de las horas de las comidas, pero no me sentiré verdaderamente libre hasta que me vea fuera de los jardines de la escuela.

Se desayunaron abundantemente, aunque, en verdad, estaban tan emocionadas que no sentían mucho apetito, luego se colocaron las mochilas que habían dejado ya preparadas la noche anterior, se despidieron de la señorita Peters y fueron a buscar a *Tim*.

El perro las esperaba con impaciencia y comenzó a ladrar como un loco tan pronto como vio que se acercaban.

En un santiamén salió del patio y empezó a dar vueltas junto a ellas, metiéndose casi entre las piernas.

—¡Buen viaje, Ana y Jorge! —gritó una de sus amigas—. ¡Que os divirtáis mucho en vuestra marcha! Y cuando regreséis el martes no se os ocurra contarnos que habéis tenido una de vuestras acostumbradas aventuras tan espeluznantes, porque no lo creeremos.

—¡Guau! —contestó *Tim*—. ¡Guau, guau! —Lo que significaba que pensaba tener muchas aventuras y que encontraría centenares de conejos.



CAPÍTULO II

LA MARCHA

Julián y Dick se habían puesto también en camino, muy satisfechos de poder disfrutar de un tan inesperado fin de semana.

—A mí, Willis y Johnson nunca me han gustado mucho —comentaba Julián mientras salían del jardín del colegio—. Son unos "empollones". Nunca tienen tiempo para jugar y divertirse. Pero hoy no me ha quedado más remedio que hacerles una reverencia, porque, gracias a su "empollancia", han ganado medallas y méritos escolares y no sé cuántas cosas más, y por eso hemos conseguido este fin de semana. ¡Bravo por Willis y Johnson!

—¡Bravo! —asintió Dick—. Aunque estoy seguro de que ellos dos están en este momento sentados en un rincón con sus libros y así se pasarán todo el fin de semana. No se enterarán ni de que hace un día tan hermoso como el de hoy. ¡Bah! Tampoco se darían cuenta si estuviera lloviendo a cántaros como ayer. ¡Pobres sosos!

—Les parecía horrible salir de marcha —dijo Julián—. Para ellos sería lo más desagradable del mundo. ¿Te acuerdas de lo malo que era Johnson jugando al rugby? Nunca sabía cuál era el gol del bando contrario y siempre corría en dirección opuesta.

—Sí, pero, en cambio, debe tener una inteligencia enorme —replicó Dick—. Oye, ¿por qué estamos hablando de Willis y Johnson? Me parece que hay cosas mucho más interesantes en que pensar. Por ejemplo, en Ana y Jorge, y en el viejo Tim. Espero que se las arreglen para ser puntuales.

Julián había estudiado atentamente un plano a escala de los páramos que se extendían entre la escuela de las niñas y la suya propia. Eran amplias franjas de tierra solitaria cubiertas de matorrales, con algunas casas de campo dispersas y un pequeño número de chalés y albergues.

—Seguiremos por la carretera y luego por caminos de segundo y tercer orden —decidió—. Iremos por caminos y senderos. Me gustaría saber qué diría Tim si vemos algún ciervo. No ha visto nunca ninguno.

—A él sólo le interesan los conejos —respondió Dick—. Supongo que no estará tan gordo como durante las vacaciones pasadas. Creo que le dimos demasiados helados y demasiado chocolate.

—Es verdad, pero no tiene nada de eso durante el curso —dijo Julián—. Las niñas no disponen de tanto dinero como nosotros. ¡Corre! ¡Ya viene el autobús!

Corrieron tras el pequeño autobús rural que recogía a la gente que iba al mercado y servía de enlace entre los pequeños pueblos esparcidos por los páramos. Se detuvo amablemente para recogerlos y ellos se apresuraron a subir.

—¡Ah! ¿Os escapáis del colegio? —comentó el conductor—. Ya sabéis que tendré que delataros.

—¡Qué gracia! —replicó Julián, a quien había fastidiado la broma, porque el conductor la repetía regularmente cada vez que uno de los pensionistas subía al autobús con una gran mochila colgada a su espalda.

Tuvieron que descender en el próximo pueblo y caminar a campo traviesa hasta hallar otra línea de autobuses. Fácilmente lo alcanzaron, montaron en él y se instalaron confortablemente en los asientos. Había media hora de trayecto desde allí hasta el lugar en donde habían convenido encontrarse con las niñas.

—Ya han llegado, señoritos —gritó el conductor cuando el autobús se detuvo en un pueblo. En él había un gran prado verde en donde los patos cloqueaban, y un pequeño

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

